

Poder y antipoder

La historia tradicional tiende a relatar-nos casi exclusivamente las vicisitudes del poder. Me refiero al poder político, no al otro, del que hoy se habla mucho, que deriva de la capacidad, o de la simple posibilidad, de hacer algo. Se trata de dos realidades distintas, aunque no radicalmente. El poder llegar a la luna no debe ser confundido con el poder de doblegar voluntades ajenas, de obligar a los demás a hacer lo que no quieren, o de prohibirles hacer lo que quieren. Se trata de una de las tantas trampas del lenguaje, tan útiles cuando se quieren eludir problemas.

El poder político encuadra los hechos como si fuera un marco. Los romanos, para fechar, empleaban los consulados, que eran anuales. En cambio de decir: "En el año tal", decían casi siempre: "Bajo el consulado de Fulano y de Mengano, tal día y tal mes". Y nosotros seguimos clasificando la historia según los reinados, los pontificados, las dictaduras, las presidencias... "Los que mandan", por insignificantes que sean, dan el nombre a su período. Para conquistar ese derecho y "quedar en la historia", a menudo tan inertemente como en el "nomenclator" de una ciudad, se cometen los peores delitos. No se trata solo de la borrachera que da el hecho de mandar, no se trata solo de ese deseo de potencia que va desde el de asustar a un niño, acometer a

una mujer o dirigir despóticamente un sindicato, hasta el de sojuzgar a un entero pueblo o conquistar sangrientamente un continente. Esta pasión morbosa, que Machiavelli estudia en su *Príncipe*, lleva fatalmente a la guerra, que no es la partera de la historia, como se ha pretendido, sino su devoradora, pues destruye lo joven y tiende a perpetuar el canibalismo ancestral, que periódicamente la cultura nos hace creer obsoleto.

Pero hay otras facetas del deseo de potencia. El ser humano no quiere morir. Si es creyente, por lo general cree en la inmortalidad solo a medias y cumple con preceptos y ritos por las dudas; pero busca a la vez otros medios de sobrevivencia. Por eso desea prolongarse en la juventud llena de futuro de sus hijos, por eso trata de dejar, al morir, "algo hecho", una casa, un libro, una idea, un recuerdo fermental... Hay quienes quieren que no se pierda el apellido y hay quien se preocupa que no se disipe en la nada una particular visión suya del mundo, o de uno de sus fragmentos, por mínimo que sea. Los educadores sobreviven en lo que logran transmitir a las jóvenes generaciones, aunque su nombre se olvide. Y los verdaderos educadores con esa sobrevivencia se conforman.

Hay, pues, dos formas de querer perdurar: una, trepando a las alturas del sistema de domi-

nación que nos encierra, imponiendo su propia personalidad con el doblegamiento -al final siempre violento- de las voluntades ajenas; otra, construyendo, cada uno desde su propio lugar entre todos, un pedacito del mundo de mañana, en la medida de unas posibilidades que, a largo plazo, pueden ser mucho mayores de lo que se piensa.

En cada momento histórico, millones de adolescentes en el mundo, con el empuje expansivo característico de esa etapa de la vida, miran hacia adelante, anhelando "hacer cosas". Es el instinto vital pujante que habla en ellos. Y deben elegir entre esos dos caminos. Muchos se proponen trepar por la pirámide de los cargos que dan poder, porque piensan en todo lo que harían si tuvieran las palancas de mando en las manos. Cuando más tarde esa ilusión de "poder hacer desde el poder" cae, se vuelven escépticos, cínicos y, muchas veces, corruptos. Pero en todos los casos se dan cuenta de que el instrumento se les ha convertido en un fin que se agota en sí mismo.

Tomemos ejemplos no tan remotos de personas poderosas: el presidente norteamericano Wilson al finalizar la primera guerra mundial o los tres grandes (Roosevelt, Churchill y Stalin) en Yalta, al finalizar la segunda. Parecían dioses en acto de modelar al mundo. ¿Qué queda de su obra? Sus escombros se desintegran rápidamente y van a desaparecer. Los mineros de Rochdale que fundaron la primera cooperativa no figuran aún en los manuales de historia, pero su herencia perdura, corruptible como todas las cosas humanas y, de hecho, corrupta, dentro de un sistema naturalmente corruptor, pero viva y con todas las posibilidades de sobrevivencia de lo auténtico. El sistema artificial de un mercado creado por la publicidad consumista no se la puede tragar, porque ha nacido espontáneamente fuera de él, en contra de él, en el seno de una asociación

igualitaria. Otros ejemplos, uruguayos estos: tienen mucho más peso en la historia Artigas, el vencido, que Oribe o Rivera, vencedores, José Pedro Varela, el desarmado, que el omnipotente dictador Latorre, del que aquel se sirvió -imprudentemente- como vehículo.

A pesar de eso, se multiplican los aspirantes al sillón que va a dejar libre Lacalle. El país entero se está preparando para la próxima contienda electoral: se miden las fuerzas, se cuentan los hipotéticos votos. Nosotros los libertarios miramos desde afuera; nos guardamos nuestra soberanía, no por orgullo individualista, sino porque creemos - y la experiencia nos lo corrobora- que lo vital surge y crece en otro lado: en los campos, en los talleres, en los laboratorios, en las aulas...

Nuestra posición es sencilla y casi primaria. Reivindicamos para todos una libertad de expresión y de acción y una justicia política y económica que sean concretas y auténticas, no concedidas, pues no se puede conceder lo que es patrimonio de todos, sino respetadas en un plano de igualdad y reciprocidad. Por esto estamos contra el capitalismo injusto y el estado opresor. Para defender esta autenticidad, no participamos en el juego político, en el cual todos los valores pierden su substancia y fatalmente se transforman en peldaños para encumbramientos personales. Solo rechazando el poder y sus caminos, sean los políticos del gobierno o los económicos del gran capital, se puede verdaderamente luchar por la libertad y la justicia.

Voy a servirme de una comparación audaz, que probablemente sea poco compartida. Pienso en el movimiento franciscano llamado "espiritual" de los siglos XIII y XIV que quería volver al cristianismo auténtico del Evangelio y predicaba y practicaba humildad y pobreza. Los anarquistas, que no son religiosos en un mundo en que la

religión o es cuestión personal o es un disfraz de lo político, hablan de oposición al estado y al capitalismo en el mismo sentido y son un poco, a fines del siglo xx, el correlato de los franciscanos consecuentes, y por lo tanto rebeldes, de la Baja Edad Media, muchos de los cuales terminaron en la hoguera. Su humildad es nuestro rechazo del poder, su pobreza es nuestro repudio de la acumulación capitalista.

Defender la libertad contra el estado y la justicia social contra el capitalismo significa llevar la lucha fuera del ámbito de los dos poderes, el político y el económico, estimulando la creatividad que Max Neef llama "descalza", penetrando en la complejidad progresiva de la

sociedad actual, no para dominarla, sino para liberar sus resortes de las trabas de la burocracia corrupta y de la feroz especulación y recuperar para todos el contralor de la vida asociada.

Entre todos los mitos que han caído, está el de la revolución puntual, que, en un épico esfuerzo, destruye el mundo viejo y crea el nuevo. La revolución es un proceso lento y profundo y no se lleva a cabo con armas (aunque las armas pueden ser en su desarrollo una imposición de las circunstancias, generalmente un obstáculo), ni por computadora, aunque las computadoras pueden ayudar a su mantenimiento.

La revolución de la libertad no se impone. El anarquismo siempre lo ha dicho, pero ahora el



mundo lo va entendiendo, digo, esa parte del mundo que no se deja seducir por el neocapitalismo.

Yo creo, sin estar segura, porque nadie tiene la bola de cristal, que la ilusión de la economía de mercado, que en este momento es epidémica, va a tener un carácter episódico, pues es un fenómeno de contragolpe, que puede no sobrevivir a la próxima, inminente crisis del mundo capitalista. Cuando también esta ilusión caiga, debemos estar preparados, anímica y culturalmente, para tratar, cada uno en nuestro rincón del planeta, de que el pensamiento socialista y la acción correspondiente no resurjan enfermos de autoritarismo. Esta es nuestra tarea, tarea que nos sobrepasa como movimiento, pero que puede estar a la medida de las fuerzas que nuestro movimiento sea capaz de despertar y estimular.

En esta América Latina, enferma de carencias, pero que tiene aún reservas de aire puro, pocos reactores nucleares y grandes espacios despoblados, las posibilidades creativas son muchas para los que se niegan a encerrarse en el mundo reducido y mezquino de las contiendas electorales. Estas últimas llevan a un poder que, a nivel del suelo -que es el nivel concreto- no sabe más que prohibir y lo que construye, lo construye en el aire o en el papel: leyes, tratados, oficinas y -a lo sumo- bancos, que lo insertan en una red internacional asbtracta, inalámbrica, que lo sobrepasa.

A medida que abandona en manos privadas los servicios que a lo largo de este siglo había tomado a su cargo, el estado vuelve a reducirse a su papel primitivo de gran inhibidor: poderes ejecutivo y legislativo, ejército, policía, tribunales, cárceles... Y bien: fuera del ámbito estatal y en el ámbito que el estado abandona, hay toda una gama de posibles actividades autogestionarias.

Este siglo ha sido difícil para la libertad, pero el impulso hacia ella ha crecido. Podemos decir que este ha sido el siglo de la libertad y del miedo a la libertad, un miedo dispuesto a todo y cruel. Pero la libertad no ha sucumbido a pesar de Mussolini, Hitler, Stalin, y de sus pálidos y ultratecnificados epígonos y rivales.

No se trata de medir fuerzas: sabemos que somos débiles. En este momento, lo importante es determinar rumbos. En nuestra lucha por el socialismo libre, nunca hemos confiado en la dialéctica de la lucha de clase, sino en la voluntad de los seres humanos. Para que esta voluntad despierte, debe tener ante sí, no la fatalidad de la historia, sino un camino abierto y una meta segura que oriente el camino. Este último es lo concreto, pues lo pisamos; la meta es ideal, y siempre queda en el horizonte; pero es real, en cuanto es ella la que crea el camino y caracteriza cada una de sus etapas: si la meta es la libertad, el camino no puede estar jalonado de dictaduras. Antes lo pensábamos, hoy lo sabemos, a costa de un siglo, que se podría llamar perdido, si fuera tiempo perdido el de la experiencia.

L.F.